

Non civium parva prudentium,
Non vultus instantis tyranni
Mente quati solida."

- José Román Leal - Pro-
piedad del Autor - México -
Oficina tip. de la Secretaría de
Fomento. - Calle de San Andrés
número 15. - 1890.

Es un original, o mucho
más que las otras. El Autor
se propone condensar el fun-
do de sus propias observacio-
nes, dando ya de mano
a los maestros y los libros.

Capítulo XIV.

El Presb. D. Rafael Cagigas.

I.

Datos biográficos.

fuimos condiscipulos ^{del P. Cagigas} durante
muchos años, como colegas en
el profesorado, con las mis-
mas aficiones a los estudios
filosóficos, amigos insepara-
bles, y todo contribuyó a que co-
nocieramos bastante. En su
muerte perdimos al amigo
carinoso y al infatigable cul-
tivador de la filosofía.

El P. Cagigas nació el 8 de
Mayo de 1864, pasó sus prime-
ros años en Atlixco, Estado
de Puebla, al lado de su vir-
tuosa madre la Srta. Dña.
Emelina González, pues muy
temprano perdió al autor
de sus días.

En 1877 ingresó al Cole-
gio Preparatorio Joséfino, que
hacia poco tiempo se había
fundado en un departamen-
to del Colegio Clerical, enton-

es situado en el ex-convento de la Concepción en la Ciudad de México. El objeto de este Colegio Preparatorio era disponer a los niños que tenían vocación al estado eclesiástico, para que empezaran la carrera con la suficiente instrucción primaria.

Desde luego dió muestras el niño Cagigas, de viveza extraordinaria y se incorporó a nuestra clase de primer año de latinidad que habíamos empezado en 19 de Septiembre del año de 1876.

Por fortuna nuestra, casi al empezar el tercer año de latinidad, en Octubre de 1878, llegó a México el sabio sacerdote español D. Benito Retolaza que se hizo cargo de nosotros enseñándonos el latín; fui después nuestro maestro en el primer año de filosofía; y finalmente nuestro catedrático de Teología Dogmática durante cuatro años. Fútil es observar que el joven Cagigas, se distinguía por su talento; por la facilidad en aprender las lecciones, penetrar el sentido de las cuestiones y

proponer serias dificultades ya a la doctrina del Autor, ya a las explicaciones del maestro.

En el mes de Noviembre de 1881, después de haber empezado el primer curso de Teología Dogmática, partió para Roma, con el que ahora es el Sr. Pbro. Dr. D. Antonio de J. Paredes, y el Sr. Canónigo Dr. D. Leopoldo Ruiz y el ya difunto Pbro. Dr. D. Matías Montoya. Fueron con el laudable objeto de perfeccionar los brillantes estudios que habían hecho y terminar la carrera sacerdotal. Ingresaron al Colegio Pio-latino-americano dirigido por los PP. Jesuitas e incorporado a la Universidad Gregoriana.

Los Sres. Paredes, Ruiz y Montoya, tuvieron la envidiable satisfacción de ver coronados sus esfuerzos, volviendo a México después de haber obtenido los grados académicos; aunque el Dr. Montoya contrajo con el excesivo estudio, terrible enfermedad que no le permitió dedicarse a ningún trabajo, ni menos a la enseñanza y, al

cabo de breve tiempo descendió al sepulcro en Huixquilucan su pueblo natal. Pero el joven Cagigas, por lo débil de su constitución y lo delicado de su salud, pronto se vio estorbado en el cumplimiento de sus legítimas y nobilísimas aspiraciones. Un año apenas había permanecido en la Ciudad Eterna, cuando los médicos le prescribieron volver a la patria.

Costo, como se ve, fue el tiempo en que frecuentó las numerosas y bien servidas cátedras de la Universidad Gregoriana; pero, para su ~~ex-~~ privilegiada inteligencia, fue suficiente para adquirir el vasto y sólido conocimiento que tubo de la filosofía escolástica y de las matemáticas, ciencias que amaba con singular entusiasmo y en que lució sus naturales y sobresalientes dotes.

De nuevo en México, sin apartar la vista del estado eclesiástico, al que desde niño se sintió llamado, asistió algún tiempo a las clases del

Seminario Conciliar, dedicándose a la teología y a recobrar su perdida salud.

El grato recuerdo de los primeros años de su carrera; la cariñosa amistad que conservaba con sus antiguos compañeros; el irresistible amor al retiro y al estudio; el vivísimo deseo, en fin, de hallar un medio más adaptado a sus aficiones filosóficas, hicieron que ingresase nuevamente al Colegio Clerical, que en Julio de 1885 se había trasladado al ex-convento de S. Joaquín a media legua del pueblo de Tacuba. Allí, a la vez que continuaba sus estudios, desempeñaba las clases de metafísica y de matemáticas, captándose el cariño y excitando la admiración de sus discípulos.

Ordenado de sacerdote, fue modelo de piedad, sobre todo cuando ofrecía el incremento sacrificio de la Misa. Siguió estudiando y enseñando, hasta que la falta de salud le obligó a retirarse al seno de la familia, pues necesitaba de los solícitos cuidados de su tierna y virtuosa madre. No vino a Mé-

xico el P. Cagigas, á llevar una vida ociosa, ajena de su activo caracter; sino á colaborar, primero en las columnas de La Voz de Mexico, despues en el Rivaldo, periódicos católicos.

El innato amor al saber, y el precoz desarrollo de sus facultades ~~superiores~~ superiores, fueron con detrimento de sus fuerzas físicas. A primera vista se notaba el abandono que tenía de sí mismo. A la vez que conversaba con agradable jovialidad, veíale abstraído en sus propios pensamientos.

¡Qué alma tan bella la del P. Cagigas! ilustrada con los resplandores de la ciencia, adornada con los atractivos de la virtud, enamorada de la belleza filosófica á imitación de los platonicos; y ansioso de hallar en el número la explicación de muchos misterios, como los pitagóricos.

Murió de pulmonía el P. Cagigas en la Ciudad de Mexico, ~~el día~~ en la madrugada del día 12 de Diciembre de 1896 á la edad de 26 años 7 meses y cuatro días.

Sus amigos le lloramos: varios periódicos dieron con profundo sentimiento la noticia del fallecimiento: en el Colegio de Santa Cecilia, que está bajo la dirección del Señor Loretto se organizó una velada fúnebre que se verificó la noche del sábado 20 de Diciembre, ocho días despues de la sentida muerte del P. Cagigas.

Se leyeron varias composiciones y en diversas lenguas: el Sr. D. Trinidad Sánchez Sanfroz pronunció una bellísima

Elegía

¡Me enuchas!... Hasta el trono de luceros
Que habitas hora en el Edén divino,
¿Llegarán los acantos lastimeros
Del que sigue en la tierra peregrino?

Tú, que apagaste en tan temprano ocaso,
Astro gentil, las ascuas de la gloria,
Hoy, en tus dichas ¿guardarás acaso
De los que aquí te amaron, la memoria?

¿Escucharás el llanto de tristesa
Que ante tu fosa el corazón destila,
Hoy que en el magno Sol de la belleza
Baña tu quiso la inmortal pupila?

¡Ay de mí! que no sé si á tus oídos
Llegar podrán los ayes de mi pecho,
O en el espacio del dolor perdidos
Se extinguirán en el turbión deshecho....

Ay de mí! que al perder ante mis ojos
La huella azul de tu mortal destino,
Sentí brotar de nuevo los abrojos
Que tu mano arrancó de mi camino.

¡Oh hermano de adopción! tú que rasgaste
La oscura niebla de mis tristes días
Y con tu luz de arcángel penetraste
A iluminar las desventuras mías;

Y tú que fuiste angelical testigo
De que besé al dolor la santa mano
Cuando dije al abrojo: "eres mi amigo,"
Y le dije al formuto: "eres mi hermano";

Y viste que el sufrir no me fatiga
Ni me hiere el dolor, porque revisto
Des que vine al combate, una loriqua,
La impenetrable, la inmortal de Cristo;

Tú, que si ves las luchas emprendidas
En esa rinda y formidable guerra,
No has de mirar mis alas abatidas
Mientras quede una cruz sobre la tierra;

Tú, que me diste el xumo, cuando á solas
Luché en el mar de la injusticia humana,
Para vencer sus subramantes olas,
Bajo el esquite de la fe cristiana;

Mira, te ruego, mi dolor ahora;
Mira correr las lágrimas que en vano
Quiso avanzar en lucha atemorada
La eterna garra del dolor tirano.

No escuches, no, para atender mi duelo,
Zanir el arpa que empolvó el olvido:
Mira mi corazón, desde ese cielo,
Con la quaderna de tu muerte huído.

Desde la eterna luz de tu existencia
Vuelve los ojos á mi vida inerte,
Y mira en el sepulcro de tu ausencia
La más helada forma de la muerte.

Ruega por mí; yo sé que la ventura
Es generoso y compasivo y pia;
Pues hoy eres feliz, y que en tu alma pura
Halle un recuerdo la desdicha mía.

Ruega por mí; si como acá en el suelo
Me amas aún con el amor cristiano,
Sígueme acompañando desde el cielo,
Sigue siendo mi luz, siendo mi hermano.

Y aunque es sol que sempiterno brilla
Hoy inunda tu espíritu de gloria,
Acepta la modesta florcilla
Que vine á deshojar en tu memoria.

II

Pensamientos.

El P. Lagigas publicó hermosos, profundos y eruditos artículos sobre el amor: sostuvo contra el Sr. Lic. D. Justo Sierra una polémica acerca de la moral independiente.

De la colección que pensaba hacer y publicar de sus obras, solamente vio la

702 *Apuntaciones*
Luz pública un precioso Tomi-
to, cuya portada dice así:

Obras de Rafael Cagigas, Pbro.

Tomos I. Volumen I.

- Tomos I.^o Pensamientos
" 2.^o Estudios sobre el amor
según la filosofía griega.
" 3.^o Ensayo sobre un nuevo
sistema ideológico.
" 4.^o Estudios sobre la moral.

México

Imp. del "Círculo Católico".
Calle de Medinas núm. 25.
1890.

Redicó la obra al Señor D.
José Fernando de Bomec.
En el volumen nos ofrece
en 225 paginitas, sus bellos
pensamientos, serie que llega
hasta el número CCXXXI. "Al-
gunos pensamientos, dice diri-
giéndose al lector, tienen por
objeto al hombre: quizá al-
guno me tildé de temerario,
por haber intentado penetrar
en los abismos del humano
corazón con la escasa luz de
25 años".

703. *Historicas*
Escasa luz de 25 años! aquí
tienen oportuna aplicación aque-
llas palabras de la Santa Escri-
tura: "Senectus enim venerabilis et
non diuturna, nec annorum numero
computata: cari autem sunt sensus
hominis". No es la duración larga
de la vida, no es el número de
los años en lo que consiste la
ancianidad, y lo que la rodea
de veneración: las verdaderas
canas, son los sentimientos ele-
vados y nobles. Algunas veces,
desde los primeros años de la
vida la luz intelectual es muy
intensa; la fuerza reguladora
de las pasiones es muy enérgica.
Hay en el entendimiento cier-
ta penetración intuitiva de la
naturaleza de las cosas, cier-
ta previsión que parece que
adivina. Al contrario, no po-
cas veces lleva el hombre a la
vejez gran caudal de reveses
y desengaños, sin que por es-
to haya habido provecho de
las enseñanzas de la experien-
cia. El libro del mundo está
abierto, muchas son sus
páginas: unos temprano
leen, otros acaban la vida
sin conocer apenas sus ca-
racteres.

El primero de los pensamientos es un "Canto a la Belleza"; especie de diálogo entre un cristiano y un platónico. Allí procura dar la idea que puede tenerse de la belleza con las solas luces de una sublime filosofía, y la que de la misma puede tener un cristiano. Resulta más perfecta, más armónica la idea cristiana: el corazón se enamora de esta belleza la desea ardientemente y tiene la dulcísima esperanza de poseerla cuando se rompan los lazos que lo detienen en este mundo. Allí aparece la hermosura en sí y por esencia; la hermosura comunicada a las criaturas según la perfección de cada naturaleza.

El CCIX es un discurso "pronunciado por el autor en el Círculo Católico de México, la noche del 19 de Enero del 1890." Este discurso, modelo en su género, galanísima muestra de erudición, es una ojeada general sobre la filosofía desde sus comienzos: se detiene después en reconocer los adelantos y notar los errores modernos: finalmente muestra el camino que debe seguirse para evitar tales errores, que es, volver a la filosofía

del Angel de las Escuelas.

Acercia de los pensamientos sueltos, se necesita leerlos para estimar su valor. ¿Cuánto hay que estudiar en el hombre y qué digno de estudiarse! El P. Chagigas ve a cada paso los extremos de grandeza y pequenez del hombre, los enormes contrastes que ofrecen a la inteligente mirada del observador; ve problemas casi insolubles si no es con luz de dios superiores a los pobres recursos de la razón. La sublime facultad de la inteligencia no está para la verdad, ¿por qué está sombreada en algunas ocasiones por la duda; y en muchas obscurecida por la ignorancia? Mas el conocimiento mismo de nuestra pequenez nos eleva a muy alta sabiduría. La voluntad, mobilísima por su naturaleza, irresistiblemente inclinada al bien, ¿por qué abate sus alas hasta llegar a mancharlas con inmundo fango?; pero el conocimiento de tan triste miseria es poderoso medio para levantarse a la cumbre de celestiales virtudes. El fin

mano corazón, centro de amores,
y de ciertos gozes; porqué a-
bandona el amor de la ver-
dad y del bien verdadero?; por-
qué sigue los caprichos que
distráen de la verdadera fe-
licidad?

Cuando solamente
se ve muestra summa pequenez,
sin atender á más relaciones,
corremos peligro de hundir-
nos en los abismos de la des-
esperación: el hombre es, "ser
miserable, ser contradictorio,
ente infinitésimo". "Si echa
el hombre una mirada sobre
su espíritu, ve que es una
capacidad ilimitada pero vacía;
si echa una mirada sobre
su cuerpo, ve que por do-
quiera tiene límites." (IV). "El
hombre es de suyo tan pobre
y tan miserable, que necesita
de las cosas exteriores, ricas y
bajas para poder llamarse rico
y poderoso" (VI). "El alma es una
pobre cautiva enamorada de
su cárcel" (VIII). "El hombre es
muy desgraciado, porque es
mayor su impotencia que su
ambición" (XIX). "La tristeza es
una planta que roba al al-
ma todo su jugo." (XXVII). y

así pudiéramos sin dificultad
aducir ejemplos.

Otras veces se ve por tal
manera muestra grandexa, que
nos alienta la grata esperan-
za de acercarnos á Dios. El pla-
tónico, ya ilustrado con los re-
flectos de la belleza cristiana,
dice: "Oh si conociéramos la
riqueza de nuestras almas,
si penetráramos en el seno de
sus tesoros y pudiéramos nu-
merarlos y contemplarlos por
su orden! - Ven, alma mía,
más bella que el verbo de
un ángel, más fuerte y más
potente que la resultante de
de todas las fuerzas del Uni-
verso aplicadas á un punto;
entra en tí misma, contem-
pla tu esencia, mide tu pu-
janza." (Canto á la Bellona).

Pero viamos al hombre
diversamente agitado, hecho,
por decirlo así triste juguete
de sí mismo: "El hombre es
un monstruo de contradicciones:
ama lo recto y se acostumbra á
lo torcido; busca incesantemente
la verdad, como el lugar de
su reposo y se encamina hacia
el error, lugar de horrible agita-
ción; le espanta el absurdo y

lo abraza con amor; un apete-
tito lo eleva hacia lo grande,
otro lo arrostra hacia lo pe-
queno; un instinto de in-
mortalidad lo aproxima á lo
inmutable y eterno, otro ins-
tinto de muerte lo inclina
á lo caduco y transitorio;
quiere que todo le contente, y,
como nada le contenta, todo le
aflije; aprende las ciencias y
quiebra con las mismas incerti-
dumbres que el ignorante; ad-
quiere mil tesoros, mil honores
y mil laureos y le afligen las
mismas miserias y dolores que
afligen á un labrador infeliz."
(XXVIII) — "Todo lo que hay en
la naturaleza nos trae un bien
y un mal: la nube que riega
los nutritivos campos, arroja
el rayo matador; el fuego que
nos calienta nos abraza; la cien-
cia que nutre nuestras almas,
divulga sobre ellas la semilla
de la duda; la rama que
nos cobija, amenaza despreun-
dese; los hombres que nos con-
suelan nos afligen, el yo que
tanto nos ama nos atormenta."
(LXVII.)

El P. Lagigas, filósofo ca-
tólico no es peluquero, no es

fatalista, explica en otros pensa-
mientos el secreto origen de tan-
tos males, el objeto de tantos bienes,
la conciliación de tales contra-
dicciones. "Se muestra primitiva
naturaliza no vemos más que ru-
inas, pero estas ruinas nos muestran
muerta primitiva grandezza." (LXXI)
— No existe más seguro refugio
para un ser tan lleno de in-
certidumbres como el hombre, que
la fe: porqué la desprecia? (CXL)
— "¿Será posible, oh incrédulos,
que el sujeto nobilísimo de estas
miserias, la substancia dotada
de mente que tan bien las conoce,
haya nacido solamente, para vivir
esta vida infeliz?" (CLVI.)

Si además de los pensamien-
tos, sueltos nos hubiera dado una
filosofía metódica, forzosamente
hubiera habido en ella algo de
novedad, la novedad que dan
á las ideas los pensadores de pro-
pia cuenta: pero discretamente
adornadas con los galanos a-
tractivos de una poesía original,
poesía que es toda luz, color, ar-
monía, hermosura; poesía ob-
jetiva, poesía subjetiva, ad-
mirable consonancia de ambas.

Con efecto; ¿qué cosa más
prosaica que la teoría de la